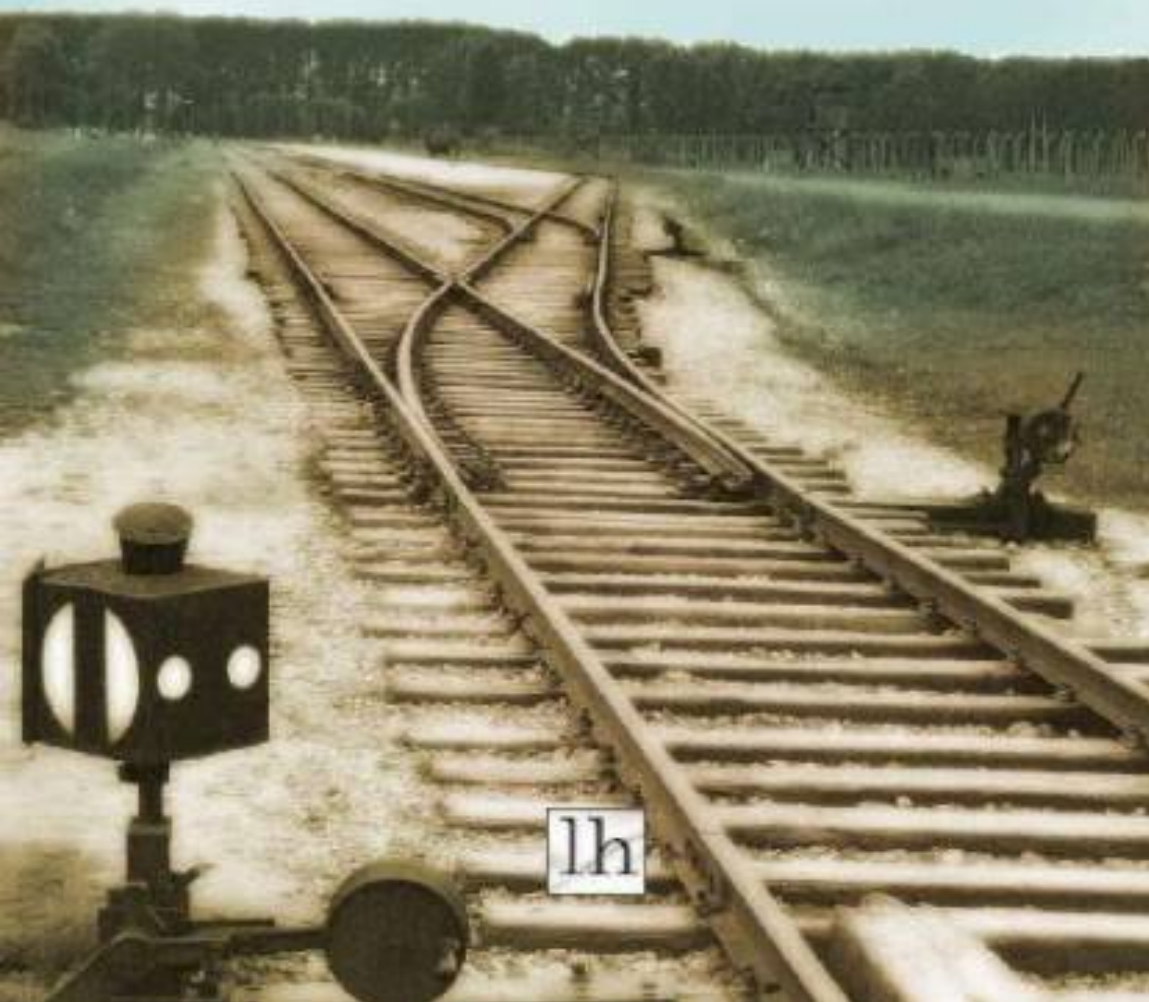


ANTONIO
ENVID MIÑANA

El enigma del
DOMADOR
de PULGAS



lh

El enigma del domador de pulgas

Antonio Envid

Lecturas hispánicas (2017)

Antonio Envid ("El tenue aroma de la acacia", 2013; "La invención de la taberna", 2014, y "A beneficio de inventario", 2015) nos sorprende con esta nueva y excitante novela negra con la que, con su siempre sabia pluma, consigue sumergir al lector en una apasionante trama policíaca, a menudo impregnada de su característico y sutil humor, en el interesante contexto de la España del final del franquismo, con un inspector y un comisario que tratan de esclarecer el enigma de un personaje de enigmático pasado: un domador de pulgas. La investigación nos trasladará hasta la Guerra Civil y al cruel destino de aquellos españoles que acabaron en el amargo exilio de la Europa de la Segunda Guerra Mundial.

ANTONIO ENVID es economista y consultor de empresas. Hombre de vasta cultura, versátil y prolífico, colabora habitualmente como articulista en diversos medios de información y revistas culturales, habiendo aportando asimismo su capital labor creativa en el blog literario y de opinión "desde mi barricada". Es autor de numerosos poemas, relatos y viñetas de humor y del interesante y entretenido ensayo "La invención de la taberna", así como responsable de una edición de "Confusión de confusiones" de José Penso de la Vega, obras ambas también editadas por "lecturas-hispánicas.com".

El enigma del
DOMADOR
de PULGAS

—

Antonio Envid Miñana

lecturas-hispanicas.com

El enigma del adiestrador de pulgas

Antonio Envid Miñana

Colección Lecturas hispánicas

1ª Edición: 29 de enero 2017

© Para esta edición, Servando Gotor, 2017

www.lecturas-hispanicas.com

Zaragoza (España)

ISBN-13: 978-1540863874

ISBN-10: 1540863875

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

TAMBIÉN EN LECTURAS-HISPANICAS.COM

1

Según las indicaciones que me había proporcionado Mr. Chapelton, esta tenía que ser su vivienda. Orientarse en aquel dédalo de callejas no era tarea fácil. Era una de las pocas casas que quedaban con la tipología del antiguo barrio, de planta y piso con un pequeño terreno en la entrada cerrado con una valla de madera. El resto del barrio primitivo había quedado destruido por su reconstrucción con manzanas de apartamentos todos iguales, como celdas de abejas y materiales deleznales.

Me recibió con la cortesía que le caracterizaba, haciéndome pasar. Su vivienda era como una instantánea de una época periclitada. Espesos cortinajes de damasco rojo con dibujos orientales, oscurecidos por los años cubriendo los vanos del salón, sombríos muebles de caoba y nogal con bajorrelieves trabajados por algún buen artesano y lámparas de vidrios venecianos, reposteros en las paredes. Todo con aspecto más de viejo que de antiguo. Mister Chapelton, con su batín de terciopelo, su monóculo y sus ademanes de una cortesía antigua, parecía salir de una litografía de principios del siglo veinte. Incluso el aire parecía de otra época, conservado en una ampolla estanca para su análisis por arqueólogos futuros. El conjunto de muebles y enseres, que habían conocido, sin duda, mejores tiempos y alguno de ellos era de valor, mostraba un aspecto tan avejentado, que resultaría poco apropiado calificarlo de lujoso.

—Me alegra mucho su visita. Tengo tan pocas visitas, que casi supone un acontecimiento recibir a alguien. Tomaremos té, si le parece. Si prefiere otra cosa...

Agradecí su bienvenida y acepté el té, aunque ese brebaje nunca me ha producido el menor entusiasmo, y me dispuse a soportar una tediosa velada escuchando episodios de pasadas glorias.

—¡Pascual! —exclamó, con un grito seco, y de pronto apareció un bonito lebrél caminando sobre sus patas traseras y vistiendo una ligera casaquilla—. Sírvenos el té, por favor.

Dirigiéndose hacia mí, explicó que desde que falleció su viejo mayordomo no lo había sustituido. En su recuerdo había bautizado a su perro con el mismo nombre de su fiel sirviente. Al poco volvió el simpático chucho portando en la boca una bandeja con dos servicios de té. El anciano Chapelton fue a por una tetera. A tanto no llegaba la habilidad del can.

Tras servir el té como lo haría una duquesa británica, se dispuso a contarme su vida.

—Ya sé que corren muchas leyendas por el barrio, hasta he oído que fui es-pía del Imperio Austrohúngaro, ¡fíjese! No le negaré que haya hecho algún tra-

bajillo para los aliados en la segunda guerra europea, que me pilló de gira fuera de nuestro país, pero lo cierto es que yo me he dedicado siempre al espectáculo. He trabajado en teatros y circos de todo el mundo, y con mucho éxito, todo hay que decirlo. —Bajó la voz para decir en tono entristecido, como para sí mismo—: Después lo perdí todo, pero eso es otra historia.

Tras unos segundos de ausencia durante los cuales viajaría por alguna de las grandes capitales por él visitada, prosiguió:

—He preparado algunos sándwiches ¿le apetecen? ¡Platón! Tráete una bandeja de sándwiches que hay en la cocina. Cuidadito con comerte alguno. Ya sé que te mueres por los de pepino. Ya tendrás tu ración. Estos son para nuestro invitado.

Ahora quien compareció a la voz de Platón fue un conejo gigante australiano, también ataviado con una casaquilla, que muy circunspecto y serio trajo asida por la boca una bandejita con cuatro bocadillos.

—Gracias Platón, puedes retirarte. Lo llamo Paltón porque es un filósofo, se pasa las horas muertas sobre un cojín meditando. Es vegetariano, ¿sabe? Vegetariano estricto, no permite en su dieta nada que no sean verduras y hortalizas.

Sumergido en el mundo de aquel valetudinario viejo, de pronto noté cómo algo frío y viscoso me recorría la nuca y bajaba por el pecho y asustado proferí un grito.

—No se preocupe, es Berta, muy cariñosa y friolera. Busca el calor de la gente para enrollarse en su regazo. Ven Berta conmigo, que el señor no te conoce y todavía no tiene confianza.

La tal Berta era una boa de respetables dimensiones, o al menos, eso me pareció a mí, todas las serpientes me parecen igual, una cosa larga y desagradable.

-Es una culebra bastarda, totalmente inofensiva, mucho más útil que un gato, no tan esquiva como ellos, y tan eficaz para mantener a raya ratones y otros bichos no deseados. No molesta en absoluto, es otra filósofa, más profunda si cabe, pues pueden pasar días sin hacerse notar, meditando en cualquier rincón. Ven aquí, acurrúcate sobre mis piernas. Ya verá como no nos molestará. Algo de música nos animará.

Puso en marcha un viejo tocadiscos de estos que se encontraban embutidos en un mueble y cuando comenzaron a oírse las primeras notas de la batalla del acto primero del Cascanueces de Chaikovski, contemplé con asombro cómo salían corriendo de la habitación vecina una tropa de ratones que a continuación se pusieron a bailar siguiendo el ritmo de la música. Aquella serpiente come-ratones ni se inmutó, continuó sin enterarse de nada enrollada en el regazo del viejo, sumida en sus profundas meditaciones.

—Estos ratones son de la casa —explica mi anfitrión—, tanto la culebra como ellos están tan familiarizados que se asombraría de verlos a todos en cercanía sin que se observe la menor alteración en su comportamiento.

Mr. Chapelton creyó llegada la hora de hacer algunas confesiones para disipar el asombro que, sin duda, se reflejaba en mi cara. Con la calma con que hablaba siempre y frotándose las manos, un gesto que realizaba de manera mecánica y frecuente, comenzó a explicar:

—Como le he dicho, desde siempre me he dedicado al espectáculo, en concreto he sido adiestrador de animales para circos y he trabajado mucho con ellos. Remarco lo de adiestrador y no domador, una palabra que aborrezco. Domar a un animal, cualquiera que sea, doblegando su naturaleza a base de premios y castigos es matar el alma de ese ser. Adiestrar es muy distinto, el adiestrador consigue que el animal se convierta en su amigo, que confíe en él, pero que siga manteniendo su naturaleza. Adiestrar supone crear vínculos entre el adiestrador y el animal, reparto de papeles y respeto a la dignidad de la bestia, es descubrirle que tiene habilidades que permanecían ignoradas para él. Se trata de una educación, no de una doma, dominio, no de la anulación de su voluntad sustituida por la nuestra, sino de la emergencia de una conciencia superior desconocida. Es tanto como el descubrimiento de su alma.

Tomó un descanso y aprovechó para escanciar en dos copas un excelente coñac.

—Es un buen napoleón de por lo menos treinta años —aclaró—. Los coñacs franceses de hoy en día son, en general, una porquería. No sé cómo me las compondré cuando se termine mi provisión. Beba, beba, sin prisa, paladeándolo, calentando la copa con la mano, como debe ser, hagámosle el aprecio que se merece.

Tras unos sorbos, tomados con unción litúrgica, continuó.

—Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí, he actuado, como le dije, en circos y teatros de todo el mundo, y, como ya le expresé, con aceptable éxito. Este coñac que estamos disfrutando me lo regaló un ministro francés que admiraba mi trabajo. En la última parte de mi vida artística me convertí en empresario y gané bastante dinero. ¿Sabe por qué? Porque no tenía que pagar a los artistas, y eran unos veinte, nada menos y ¡no querían cobrar dinero!

—Cómo, ¿no cobraban los artistas?, ¿eran esclavos, tal vez?

Esperaba sin duda la pregunta. Era otro golpe de efecto.

—No va del todo desencaminado, mi joven amigo, no del todo. Pronto lo entenderá.

Salió de la habitación y volvió con una caja. Sobre la mesa comenzó a montar lo que parecía una pista de circo de juguete. A esas alturas ya nada me maravillaba de tan atrabiliario personaje, podía ponerse a jugar como un niño con

aquellos adminículos y me parecería natural. Yo seguía con atención todos sus pasos.

—Ya ve, este era mi negocio, mi circo particular, no necesitaba medios de transporte para llevarlo de un sitio para otro, cabe en una maleta. Un ayudante y un servidor integrábamos toda la plantilla.

Cuando todo estaba montado, —¿Pero dónde están los artistas, eh?—, sacó una pequeña caja, que puso en medio de la pista y comenzó a decir con aire autoritario. ¡Hala, hop! Jeannette, a trabajar. ¡Hala, hop! Pili y Montse, salid. Jeannette, al trapecio de en medio, Pili y Montse a los trapecios laterales.

Con asombro vi salir unos diminutos insectos de la cajita que obedecían las órdenes del jefe de pista Mr. Sapelton. Eran pequeñas pulgas que realizaban acrobacias y saltos sorprendentes. Luego le tocó el turno a otras participantes, que simulando caballos arrastraban una carroza donde viajaba una vestida de La Cenicienta. En la puerta de un diminuto castillo esperaba otra ataviada como un príncipe de cuento infantil. En fin, no voy a aburrir contando toda la representación, que duró tres cuartos de hora largos.

Terminada la sesión vi como se subía la manga del batín y disponía en fila sobre las venas de su brazo desnudo a las reputadas artistas.

—Os lo habéis ganado. Hora de la comida. ¿Ve lo que le he comentado antes?, están adiestradas, no domadas. Vea, Vea, con que placer me succionan la sangre. No han perdido su carácter. Son pulgas, tan rematadamente pulgas como antes de conocerme. Mire a Montse, se comporta igual que cuando habitaba aquel mísero hostel de La Barceloneta, con la misma avidez por la sangre humana, se refocila en ella perdiendo cualquier compostura. Yo la saqué de aquella cloaca, la eduqué y la llevé por los mejores teatros del mundo, pero cuando termina el espectáculo vuelve a su primitivo estado salvaje. Jeannette es la vedete, sin duda, recuerdo cuando la encontré, trabajaba en una miserable taberna parisina, al verme entrar en el establecimiento dio un prodigioso salto de medio metro desde la cabeza de un pestilente borracho hasta mí. Fue una atracción a primera vista, a pesar de que ha recibido los aplausos de la mejor aristocracia europea en mi teatro de Montecarlo, mucho antes de la actual decadencia del bello principado, no se le ha subido el triunfo a la cabeza y sigue sintiendo por mí el mismo afecto y agradecimiento del primer día, no se le olvida que yo la saque del arroyo. El multimillonario Charles Rochild me la quiso comprar, ofreciéndome un precio astronómico, con ocasión de una visita que hicimos a Nueva York. Todas estas que ve formando un corro son de Barcelona, parece que están oyendo todavía los sonos de una sardana. Barcelona ha dado al mundo pulgas extraordinarias, sobre todo el barrio de Sants. Aquellas dos de allá son más refinadas, son pulgas londinenses, Lady Flea, de mucho carácter y su íntima amiga, Lady Frigid, una sosaina que tengo que soportar para que la otra trabaje; y la de más arriba, berlina, otra estrella, la conocí en un delicioso pubis adolescente durante una larga temporada de representaciones en esa ciudad, cuando la gran metrópolis alemana disputaba a París la capitalidad del mundo del espectáculo. ¡Ah, cabarets de Berlín, cómo os añoro! Puede comprobar que tengo artistas de varios países, lo mejor de cada sitio. Forman

una compañía internacional. No le extrañe que el grueso de mis artistas procedan de Barcelona, en realidad, Chapelton es mi nombre artístico, como se me conoce en el mundo, pero mi verdadero nombre es catalán y yo, un noi del Poble Sec, de modo que el núcleo de mi cuadro artístico, las coristas, proceden de Barcelona. Yo —continuaba con su extensa perorata— fui discípulo de Míster Quevedini, Melchor Quevedo, así se llamaba en realidad. Él me enseñó todo lo que sé sobre este arte, un gran maestro en esto de adiestrar pulgas. A principios de siglo mostraba en Barcelona, en El Paralelo, un espectáculo con trescientas pulgas, trescientas, ha oído bien, y las conocía a todas por su nombre. Él me enseñó que debía de alimentarlas con mi propia sangre, para que me fueran fieles, y también que las mejores eran las del barrio de Sants, aunque en su compañía había artistas de todos los países de mundo, que él había visitado con su espectáculo. Ya entonces pagaba una peseta por una pulga sobre la que él hubiera puesto el ojo, nunca se equivocaba, cuando le echaba el ojo a una es que tenía condiciones.

2

La historia de Jeanette

Voy a contarles la verdad sobre mi vida porque quiero aclarar algunas murmuraciones que corren por aquí, siempre malintencionadas; que hay mucha envidia en este mundo de los artistas. Desde luego que soy francesa, nací en París, no en un poblacho de esos des vaches et des paysans, no, soy del mismo París. Claro que no vine al mundo en los Champs Elysees, es verdad, he de reconocerlo. No puede decirse de mí que sea una fille chic, vamos, una pija, como dicen por aquí, la Place de L'Etoile no fue el escenario de mi niñez; soy bastante más que eso, soy una parisina genuina, de Montmatre.

Mi madre, muy conocida en el barrio y de buena educación por frecuentar a los artistas más conspicuos de la época, trabajaba en una taberna de la colina de las artes. A mi padre no lo conocí, pero barrunto que era un tipo chulo y con modales de canalla que a veces se le veía por el establecimiento, un tipo vulgar del que no puedo sospechar qué encantos podría haber encontrado en él mi madre, tan insignificante individuo; en fin, la debilidad de un momento la tiene cualquiera, ¡Qué me lo digan a mí, qué he sucumbido a tantos! Nunca vi que mi madre le dirigiera la palabra, aunque él la buscaba con interés. Mi madre me inculcó desde el primer momento la idea de que tenía que prepararme para ser libre, no sujetarme a ningún macho, no depender de nadie.

Mi infancia fue alegre y confiada, en la taberna se vivía bien, siempre reinaba allí la alegría y no me faltaba de nada. En cuanto a mi educación, no podría haber pedido mejor universidad, allí se discutía de todo lo divino y humano, a veces, hay que reconocerlo, no precisamente con silogismos escolásticos, pero eso lo hacía mucho más interesante. Yo podía pasar de mesa en mesa, de corro en corro, sin ser molestada, y oír todas las conversaciones, algunas, verdaderas ponencias que habrían sido escuchadas con respeto en la Academia Francesa. Especialmente seguía con gusto las disputas de un grupo de artistas españoles, que discutían con el ardor que les caracteriza sobre corrientes estéticas. De esas conversaciones, amén de lograr un doctorado en artes, que no lo habría alcanzado mejor de haberlo cursado en La Sorbona, me quedó el deseo de ser artista y de visitar España. Ambos deseos, como pueden comprobar, los he visto sobradamente cumplidos.

Desde siempre he gozado de una gran agilidad, siendo por ello el orgullo de mi madre y del resto de la población sifonáptera del lugar —cómo se nota la cultura que adquirí en esa taberna—. Ganaba todos los concursos de salto de longitud, hasta el punto de que terminé actuando como estrella invitada fuera de competición, ya que de otra manera los concursos quedaban desier-

tos, al enterarse de que yo participaba, las demás se retiraban. Es claro que saltaba de mesa a mesa sin dificultad, más bien, de concurrente de una mesa a concurrente de otra, y a la vez que alimentaba mi espíritu absorbiendo las fluidas ideas que por allí circulaban, alimentaba mi cuerpo absorbiendo otro tipo de fluidos, no era cosa de perder el tiempo, mientras me mantenía atenta para esquivar algún que otro manotazo.

Sin embargo, la vida alegre y despreocupada del lugar ocultaba otra llena de peligros. Algunas de mis compañeras malograron su vida por no saber elegir su camino, una de ellas, la más íntima, se encaprichó de un pintor español de febril mirada y rasgos muy latinos, cetrino, de delgada cintura, flexible como un junco; una noche desapareció del local, se había fugado con él, al poco tiempo nos enteramos de que había muerto de inanición y frío en la buhardilla donde habitaba con su amado. Nunca agradeceré como se merece las recomendaciones de mi madre de no atarme a nada ni a nadie, vivir en libertad. Sin embargo, tampoco yo quedé incólume ante los peligros de aquel género de vida, mis fuentes de alimentación eran pródigas, es cierto, pero contenían, en general, una pérfida sustancia cuyas adversas consecuencias solo a largo plazo se hacen notar: el grado alcohólico de la sangre de los parroquianos solía ser elevado. No solo eso, pronto comprobé que el dulzón sabor de la sangre quedaba mejorado con unas gotitas de alcohol, de modo que fui seleccionando a mis huéspedes de acuerdo con el nivel alcohólico de sus líquidos orgánicos. En una palabra, sin eufemismos, con el tiempo, en plena juventud, me encontré siendo una declarada alcohólica.

Una tarde apareció por la taberna un curioso cliente, elegante, cubierto con una chistera, abrigado con capa española y vistiendo traje de buen paño inglés y de correcto corte, portaba un monóculo, que utilizaba de vez en cuando, aunque no parecía necesitarlo habitualmente. Pidió en un aceptable francés, que por su academicismo, no propio del argot parisino, denotaba a la larga su condición de extranjero, un pernod. A pesar de que me precio de saber controlar mis emociones, esa tarde mi corazón me traicionó y se impuso sobre mi razón, de inmediato, desde la mesa donde se debatía la supremacía en la creación artística del talento natural sobre la academia, salté hasta el hombro del caballero forastero, que me recibió con una sonrisa, como si me hubiese citado allí, precisamente, para nuestro encuentro. Luego me enteré de que se trataba de un adiestrador de pulgas al que impresioné con mi extraordinario salto, pero eso fue más tarde, mi primer contacto con él fue un impulso irrefrenable que cambió mi vida. Dejaremos la continuación del relato de mi asendereada vida para otro día.

Pasé mi infancia y adolescencia en una mísera pensión de la Barceloneta. Éramos una familia muy amplia y tanto yo como mis hermanas pasábamos la vida tratando de esquivar, por pliegues y costuras, los poderosos pulgares de marineros borrachos, descargadores de muelle y zafios individuos de toda condición que componían la selecta clientela de aquel sórdido hostel.

Mi vida, en realidad, carece de interés hasta que conocí a Mr. Chapelton. En aquellos momentos mi actual patrón era poco conocido, trataba de abrirse paso en el difícil mundo del espectáculo de aquella Barcelona surreal e iniciosecular, ofreciendo sus actuaciones en un local de El Paralelo. Apareció Mr. Sapelton un día por el desastrado hostel en busca de mercancía, atraído por la fama de sus pulgas, o sea, de nuestra fama, pues nuestra capacidad para sobrevivir a las peores condiciones y nuestra resistencia y vigor eran la comidilla de la zona. A nuestra patrona, una gorda de mediana edad, algo hombruna y de alegre carácter, le hizo mucha gracia la oferta del joven de maneras delicadas y aire de artista.

—¿Que si le puedo suministrar unas cuantas pulgas a buen precio? Caballero, se las regalo todas si es capaz de atraparlas y me libra de ellas. No hay manera de deshacerse de tan desagradables huéspedes, cuando las tienes acorraladas para hincarles los pulgares, te dan un brinco tan largo que les pierdes el rastro, son inmunes a lejías y jabones y me están arruinando el negocio. Joven, tiene permiso para entrar en las habitaciones que encuentre vacías y llevarse cuantas pueda, cuantas más, mejor.

De modo que no solo yo, sino, además, dos de mis hermanas y unas cuantas amigas nos fuimos con él encantadas.

Luego vino el adiestramiento, éramos listas y aprendimos enseguida, y descubrimos una vida de glamour totalmente impensada. Focos, lupas sobre nosotras, vestidos lujosos y brillantes, aplausos al terminar el espectáculo. El día que apareció ese joven por el hostel cambió totalmente nuestras vidas. Nosotras que no habíamos conocido nada más que las tristes paredes de aquel mezquino hostel, visitamos el mundo y nos hospedamos en los mejores hoteles, desde el Ritz parisino al Plaza de Nueva York. No cambiaría esta vida por nada en el mundo.

Lady Flea

No me confundan con estas rudas barriobajeras de por aquí, yo me he criado entre la mejor sociedad londinense y he recibido una educación esmerada. Nací y crecí en una de las mansiones de Regent Street, residencia de un anti-

guo mayor retirado que había servido a su majestad en la India. Me alojaba en el cuarto de las niñas, de modo que mi crianza lo fue a la par de ellas, con institutrices alemanas, amas francesas y un boy indio que el mayor trajo cuando se repatrió.

El húmedo clima de Londres es muy adecuado para nosotras y esas viejas mansiones de Regent Street, con sus paredes forradas de maderas, papeles pintados y cierta aversión de los londinenses a airear las habitaciones, suponen un verdadero paraíso para nosotras; únanle a todo ello las delicadas y ebúrneas epidermis de las damas inglesas.... En fin, no sigo porque la nostalgia me corroe el alma. Pero no siempre seguimos el camino recto, cuántas veces hemos de equivocarnos y seguimos los torcidos senderos que nos dictan nuestros deseos y emociones.

Una de las mejores actrices de la escena inglesa solía ser huésped de la familia durante sus largas temporadas en el Royal National Theater. Yo asistía arrobada a aquellas veladas en las que la actriz narraba, seguida con gran atención por la familia de mis anfitriones, las numerosas anécdotas, chascarrillos y aventuras de su última gira por el continente. ¡Cómo la envidiaba! Recorrer ciudades, conocer tantas personas educadas y elegantes de otros países, las aventuras que se viven en los viajes, todo era para mí un excitante mundo que me esperaba ahí afuera, mientras yo veía pasar mi juventud en un eterno aburrimiento, días grises, conversaciones sin sentido de las niñas, bostezos del mayor...

Convencí a mi íntima amiga —las malas lenguas le han puesto el mote de Frigid, acusación completamente falsa, les aseguro; también corren chismes sobre la naturaleza de nuestra relación, en lo que no voy a entrar porque no le importa a nadie— para que nos fuéramos con la famosa actriz. Me costó convencerla, carece de espíritu aventurero y dejar nuestra sedentaria y cómoda vida londinense por otra viajera e incierta no entraba en sus cálculos, pero ante la amenaza de irme yo sola, accedió. Escondidas en el cuello de renard de uno de los abrigo de la diva salimos un día de aquella casa, donde tan bien nos habían tratado, a correr mundo y ¡vaya si lo corrimos!

Ya solo el viaje de Londres a París nos fatigó, de modo que cuando nuestra anfitriona abandonó la habitación del Hotel de la Ópera, donde se alojaba, nosotras nos quedamos en aquel lugar. Afortunadamente, el siguiente viajero en alojarse fue un caballero elegante que regentaba un teatro de pulgas. Este caballero, tras inquirir cuál era nuestra procedencia y educación, nos propuso enrolarnos en su compañía, lo cual aceptamos, yo entusiasmada, sería una artista de circo, nada menos, mi compañera no tanto. Pero tendrán que aguardar a otro momento para saber más de nuestra vida, porque ahora me reclaman mis ejercicios de estiramiento, es la hora.